

## SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

Se escribe siempre en previsión de ser leído. Es muy frecuente escribir para una sola persona, como Van Gogh a su hermano Theo, y a veces en tales cartas las ideas y sentimientos de los artistas se expresan de un modo más total que en sus obras literarias o en esos Diarios redactados en vista de una posible y más o menos rápida difusión, como en el caso de André Gide. Michel Butor (a quien debo las citas anteriores, tomadas de *La critica non è la dogana*, ensayo que es necesario no olvidar) señala también el caso límite, extremadamente raro, del autor que trabaja para sí mismo, para más tarde poder recapitular (*fare il punto, faire le point*) y que no tiene la menor intención de hacer leer a nadie lo que escribe: por ejemplo, Kafka en su *Diario*.

Tales acotaciones resultan oportunas cuando se examinan las cartas que se agregaron en fecha reciente a la correspondencia publicada de D. H. Lawrence. Una revista norteamericana ha incluido en pasados números fragmentos de esas cartas, y en *Arts* Eric de Boisherpin ha destacado los mejores párrafos. A treinta y dos años de su muerte, Lawrence no ha perdido actualidad, mejor dicho, vitalidad. En México, en días pasados, se hizo referencia al olvido de su obra poética, y uno de sus lectores fervorosos escribía: "D. H. Lawrence sufrió en vida y aún sufre después de muerto gruesas calumnias. Se dijo —y aún lo dicen fiscales de la época cuaternaria— que su obra ofrecía ejemplos perniciosos para la moralidad de sus lectores. Una de sus novelas, *El amante de Lady Chatterley*, fue proscrita en la comunidad británica de naciones. Otros países, culturalmente coloniales, siguieron su ejemplo. Sus malquerientes llevaron más lejos la intransigencia: acusaron al autor de disolvente, lo acosaron y lo convirtieron, en ciertos momentos de su vida, en un vagabundo. Tras de él se cerraron las puertas de la ciudad..." Dice así Boisherpin: "Cuando Galimard edita la traducción de dos obras de D. H. Lawrence (una colección de relatos, *Les filles de Pasteur*, y una novela prologada por François Mauriac, *Jack dans la Brousse*), una serie de cartas privadas y secretas, que habían permanecido inéditas hasta hoy, es revelada por una publicación americana que da largos extractos. Esta correspondencia abarca los veinticinco años más productivos del escritor y permite seguir la evolución de su pensamiento. Si en un principio Lawrence muestra un vivo humanismo, poco a poco se deja caer en el pesimismo más profundo. En una especie de carta-manifiesto, enviada a un amigo italiano, declara su horror por el orden en todos los campos y sobre todo en el dominio artístico: '¿Usted piensa realmente que los libros deben ser una especie de juguetes, contruidos con gracia, a golpes de observaciones y sensaciones, totalmente acabados y perfeccionados? Yo no lo creo así... No soporto el arte que se puede admirar, al que se puede volver. Un libro debe ser como un rebelde o un bandido o un hombre en la locura... El arte y sobre todo las novelas no son teatrinos en los que uno puede

sentarse y observar... He aquí lo que no son mis libros, ni lo serán jamás. El que me lee desciende a lo más profundo de la refriega. Si esto no le complace, si quiere un asiento mullido, ¡pues bien!, que lea cualquier cosa de otro.'"

Esta vehemencia se halla de nuevo en los juicios de Lawrence sobre los escritores que fueron sus contemporáneos: "Todos me aburren, estampados en carne y hueso. Son tan anticuados que resultan incapaces de dar ningún placer al que los lee. No me intereso por ellos, salvo por Thomas Hardy, que no es contemporáneo, y por el Conrad del principio, que a su vez se perdió en la lejanía."

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Lawrence describe a un poeta escocés su apocalíptica visión del destino humano: "Creo que está próximo el fin: la guerra, una plaga, el fuego; sólo Dios sabe. Pero este fin se acerca: el principio del fin ha llegado y el proceso será rápido. Creo que el diluvio de acero destruirá el mundo; y no emergerá ningún monte Ararat. Es enorme la consumación de la muerte, del éxtasis sensual como



en *The rainbow*. Pero está también la muerte que es la cabalgata del Padre Gadarene hacia el abismo de la extinción. Y así es la guerra en Europa. Antes que consumirnos, preferimos extinguirnos. Así es, y no es mi culpa."

Algunos meses más tarde, pasando de la misantropía al entusiasmo, Lawrence imaginaba un mundo poblado de "superhombres" a la Bernard Shaw: "Esperemos un poco solamente y podremos desplazar las montañas e instalarlas en pleno mar. Debemos trastornar nuestro sistema de vida, centrado en las cosas exteriores —el dinero, la propiedad—, y establecer un sistema con base en los valores interiores. Terminará la guerra; los establos de Augias serán limpiados. No creo en la masa. La humanidad, el público, la horda todo lo destruirá. Sólo importan el pensamiento puro, la comprensión pura. ¡Oh, la esencia profunda del hombre, la comprensión! ¿No podemos salvarla para la humanidad? Hace falta. Esto requiere un alejamiento de la masa, un conjunto de pensamientos puros, protegidos de los atentados de la horda, pues son sagrados y propios. Pero antes hace falta una nueva tierra, un paraíso nuevo, sagrado como el misterio de la iniciación en la existencia pura. Hace falta, en fin, que sea totalmente privado e inviolado."

Después de esa crisis moral el desafecto de Lawrence por Europa va creciendo. Hacia 1915 sueña con emigrar a los Estados Unidos y confía su sueño a un amigo norteamericano: "Pienso que no hay para Inglaterra más porvenir que la decadencia y la caída. He aquí lo más espantoso e intolerable: haber nacido en una época decadente y en una civilización aniquilada. Europa es un nombre perdido como Nínive o Palenque. Sólo queda de Europa una serie de ruinas del pasado. Iré a América. Claro que no confío en la sabiduría del Tío Sam; pero si el arco-iris debe formarse, será sobre el Continente del oeste."

En 1922, Lawrence, desencantado, no puede soportar la civilización norteamericana y vuelve a Gran Bretaña. Su ideal poco a poco será más modesto, en la medida en que lo sabe inaccesible: es el viajero que no llega jamás: "Para mí, la tierra no es más que árboles y hierbas, sin la menor huella de trabajo humano. Sólo una liebre escuchando lo inaudible. Aquí está el Paraíso."

Las puertas de la ciudad se han abierto para Lawrence. En Inglaterra, *Lady Chatterley's lover* acaba de incluirse en Penguin Books, levantada la prohibición que por varias décadas pesó sobre la novela. Los años no disminuyeron tampoco las cualidades del prólogo escrito por André Malraux, el otro Malraux. Terminemos con sus mismas palabras: "Un mito no puede ser objeto de discusión: vive o no vive. No apela a nuestra razón, sino a nuestra complicidad; nos ataca en nuestros deseos, en nuestras experiencias embrionarias. Por eso, la ética, después de un siglo, se expresa voluntariamente por medio de la ficción. Profetizar sobre esto sería entregarse al inútil trabajo de profetizar sobre el mundo: los mitos no se desarrollan en la medida en que encauzan los sentimientos, pero sí en la medida en que los justifican..."